

BLIZZARD ENTERTAINMENT

Guerrera Divina: El Fin del Camino

Robert Brooks

I

Manos enfundadas en guanteletes abrieron de golpe las puertas frontales de la posada. Remolinos de arena, cual listones flotantes, se colaron al interior del área común. Reiter dejó de mover su escoba y se quedó pasmado. En el crepúsculo, lo único que podía ver el muchacho era una silueta erguida bajo el umbral.

Por unos instantes, sólo el incesante ulular de la tormenta de arena rompía el silencio.

La figura dio un paso al frente y su armadura emitió ruidos metálicos. Una túnica blanca con un símbolo extraño cubría la coraza del recién llegado, pero fue su arma lo que llamó la atención de Reiter. Una pequeña cadena que pendía de una empuñadura y remataba en una cabeza con púas de apariencia hostil. El hombre, cuyos pasos sacudían el suelo de madera de la posada, cargaba también un escudo enorme, mucho más alto que el mismo Reiter. La figura con rostro de hierro se volvió para mirar al muchacho.

Reiter estaba demasiado asustado como para echarse a correr, así que aguardó con la mirada clavada en el recién llegado.

El hombre se llevó una mano al yelmo y se lo quitó. Cabello café, largo y suelto, cayó sobre sus hombros. Él, no... *ella*. ¡Una mujer! La boca de Reiter se abrió desmesuradamente. El muchacho jamás había visto una armadura tan detallada y atemorizante en su vida, ni siquiera entre la guardia de élite de los mercaderes que cruzaban el pueblo. Asimismo, éstos siempre eran hombres. Bueno, eso suponía Reiter pues tampoco había conocido a muchos.

La mujer tosió y salió arena de su armadura. ¿Viajaba pese a la tormenta de arena? Locura. Ella miró a Reiter y sonrió, una expresión amable y dulce. —Déjame adivinar —dijo—, ¿eres hijo del posadero?

Reiter tragó saliva y asintió. —¿Padre? —Dijo sin quitarle los ojos de encima.

Un resoplido surgió desde el segundo piso de la posada. —Ey, muchacho? ¿Ya terminaste de barrer?

—Tenemos huéspedes.

—No con este clima —respondió mientras descendía por las escaleras—, de qué dem... oh.

—Su acento de barrios bajos se desvaneció al instante y fue reemplazado por una disposición cálida, lenguaje que reservaba para los huéspedes. —Mil disculpas, caballero... quiero decir, dama. No esperaba visitantes el día de hoy, al menos no con esta tormenta. — Su acto encantador se vio perjudicado por las miradas nerviosas que echó a la armadura de la mujer. —Bienvenidas a la Posada Oasis, ¿desean una habitación?

¿Dos? Reiter miró a su alrededor. No había visto a la acompañante de la mujer, una muchacha ataviada con ropaje sencillo. Era más joven, como de la edad de Reiter. Su piel se encontraba algo enrojecida por el viento, pues no llevaba armadura, y tenía arena en el cabello. Reiter decidió que podía ignorar eso.

La mujer recargó su escudo en el suelo con delicadeza. —He escuchado rumores de tu gusto por los libros y que permites que tus clientes los lean, ¿es esto cierto?

¿Libros? ¿Éstas dos viajaron pese a la tormenta de arena en busca de *libros*?

—Es verdad, dama —respondió su padre—. Hay quienes dicen que mi posada tiene la mejor biblioteca de Kehjstán, sin considerar Caldeum, claro.

Ella sonrió. —En tal caso, nos gustaría pasar un tiempo aquí —dijo—, pero con una condición. No me llames dama, mi nombre es Anajinn.

—Por supuesto, da... ¡Anajinn! Tenemos muchas habitaciones disponibles en la Posada Oasis el día de hoy. —El padre de Reiter extendió los brazos en un caluroso gesto. —Pocos tienen el valor de viajar con este clima.

La muchacha rió. —Valor, sí seguro. Atrapadas en una tormenta de arena. Ya puedo escuchar a los poetas abalanzándose para componer sonetos sobre nuestra valentía infinita. —Reiter le esbozó una sonrisa y ella, después de mirarle por un momento, se la devolvió educadamente.

Anajinn sonrió de oreja a oreja. —Quizá nos sorprendió. Tal vez habríamos llegado hace unos días si cierta aprendiz fuera capaz de aguantar el paso.

—Quizá cierta aprendiz no insistió en explorar todas las cavernas del desierto —respondió la muchacha.

—Es posible. —Anajinn se quitó uno de sus guanteletes y lo volteó. Una pequeña cascada de arena cayó sobre el piso de madera. Reiter frunció el ceño, iba a tener que barrer eso. — Fue productivo, no obstante. —Agregó secamente Anajinn.

El posadero ladeó la cabeza, pero no hubo mayor explicación. —Bueno, estoy seguro de que ustedes dos tienen sed y en la Posada Oasis siempre hay agua fresca —dijo el padre de Reiter. —¿Reiter? ¿Puedes traer dos vasos para nuestras huéspedes? —El señor hizo una pausa mientras miraba al muchacho. —¿Reiter? —Chasqueó los dedos con fuerza.

Reiter se irguió al instante y dejó de mirar a la aprendiz. —Agua... sí, padre. —El muchacho tomó dos vasos, abrió la puerta con bisagras que se encontraba en el suelo y metió cucharones en los toneles de agua.

El joven se alegró de estar oculto detrás de la barra por el momento. La acompañante de la mujer en armadura... Reiter apenas y podía suprimir su sonrisa. La aprendiz tenía cabello más claro, casi rubio, y largo que el de su maestra; ojos radiantes. La curva de su barbilla se

fundía con su cuello de manera elegante... incluso le ofreció una sonrisa. Fría, pero una sonrisa al fin y al cabo.

Le gusto —pensó el muchacho.

Reiter les extendió los vasos a las mujeres, quienes los vaciaron de inmediato. Él se quedó mirando a la joven y ésta le lanzó una mirada inquisitiva. Reiter desvió la vista.

—Sígueme, las conduciré a su habitación —dijo el padre de Reiter.

—De hecho, me gustaría ver la biblioteca en este momento —dijo Anajinn—. ¿Tienes libros sobre la ciudad de Ureh?

La mujer se quitó la armadura y siguió al padre de Reiter hasta la biblioteca, mientras que su aprendiz permaneció en el área común. —¿Podrías traerme un trozo de tela y un tazón de agua pequeño? Vale más que me ponga a limpiar. —Dijo la joven.

—Seguro —Reiter sacó de atrás de la barra lo que le había solicitado.

La aprendiz habló de nuevo. —Pensándolo bien, no te preocupes por la tela. Usaré un trozo de mi camisa.

—No hay problema, tenemos suficiente.

—No voy a devolvértela; no *querrás* que te la devuelva. Tendré que quemarla cuando termine. —Dijo la aprendiz.

—Está bien —Reiter regresó con el tazón y la tela. Luego le extendió su sonrisa ganadora, la cual hacía que la hija del tendero de la tienda cercana le hiciera ojitos. Su nombre era Bea. Reiter enloquecía a la chica local. —Tenemos suficiente.

—Gracias —dijo la aprendiz. Su técnica de limpieza era extraña, pues sólo metió dos dedos al tazón de agua y no permitió que más de un par de gotas tocaran la tela. Posteriormente comenzó a restregar la coraza, una pieza de metal grueso con grabados intrincados.

Reiter se sentó a su lado. —¿Te puedo ayudar?

—No, gracias.

El muchacho asintió y se inclinó hacia adelante. —¿Qué significan esos símbolos? Parecen ser marcas de Zakarum.

—Lo son.

Reiter estaba impresionado. —¿En serio? ¿Tu maestra es una paladín? He visto a muchos paladines cruzar el pueblo y ella es mucho más hermosa que la mayoría. —Entonces, sintiendo que era el momento idóneo, agregó. —Y tú también.

Ella le ofreció otra sonrisa fría. —Anajinn no es una paladín.

Reiter asintió de nuevo, no le importaba en realidad. —¿Permanecerás algún tiempo en el pueblo?

La aprendiz continuó limpiando la armadura, trazando círculos pequeños con la tela. — Probablemente no, es decisión de ella. Un par de días a lo más. —La joven puso cara de pocos amigos ante una mancha difícil y dejó caer un par de gotas de agua adicionales sobre la tela. Luego presionó con cuidado el trapo húmedo contra el metal. Al cabo de un momento pareció satisfecha y prosiguió.

—Escuché que anda en busca de Ureh, ¿es una cazadora de tesoros? Hay muchos de ellos por estos rumbos. —Reiter se recargó en la silla, encorvándose ligeramente. Buscaba proyectar confianza y tranquilidad.

La muchacha consideró sus palabras. —¿Cazadora de tesoros? Nunca lo pensé así. Vaya, el término queda casi como anillo al dedo. —Después de echarle una última mirada a Reiter, y a su postura, sacudió la cabeza y siguió trabajando.

Soy Reiter, ¿cómo te llamas? —Ella sonrió, pero no dijo nada. Él aguardó y el silencio se extendió. *Bueno*. Saber su nombre no era tan importante. —Si tu maestra no es una paladín, ¿qué es?

—Una guerrera divina.

—Claro, una guerrera divina, lo sabía. —Dijo Reiter. Ella le miró de reojo y al muchacho se le escapó una sonrisa. La aprendiz parecía saber que mentía.

Otro período de silencio. Reiter estaba inquieto.

Sin embargo, la muchacha hablaba con él. Ese era el primer paso, ¿verdad?

Hace un mes, un grupo de guardias se hospedó en la posada. Los hombres pasaron buena parte del tiempo consumiendo el alcohol más barato que pudieran encontrar. Reiter disfrutó de su compañía. Uno de ellos, un hombre sudoroso de tez morena, con túnica manchada y rosácea en su cuero cabelludo decreciente, decidió enseñarle a Reiter las “vías del mundo”. Casi toda la conversación giró en torno a convencer a cualquier “lindura” — palabras del guardia— de pasar la noche contigo.

Haz que una muchacha hable contigo y tiene interés. Hazle sonreír y vas por buen camino, dijo el guardia en recios susurros potenciados por el alcohol. Su aliento empalagoso pareció instalarse en la nariz de Reiter. *Que piense que tienes mucho en común con ella, no permitas que la sonrisa se desvanezca de su rostro. Si deja de sonreír, cambia el tema, halágala.* A Reiter le sorprendió que pudiera ser tan sencillo.

—¿Cómo te llamas? —Reiter le preguntó de nuevo a la aprendiz. No hubo respuesta. —
¿Siempre te toca hacer la limpieza? Mi padre me obliga a limpiar todo el tiempo. —Nada.
Reiter siguió hablando. —Siempre dice que necesitamos tener la posada más pulcra en el
Reposo de Caldeum.

—Interesante. —La joven raspó otra mancha problemática con la uña y luego retiró la
mano murmurando entre dientes, como si le hubiera quemado. La aprendiz frotó esa
mancha con una parte seca de la tela.

Reiter la miró de cerca y cambió el tema, pues ya no sonreía. —Si has estado caminando
por largo tiempo, quizá te vendría bien un baño caliente. Tenemos varias tinas en la parte
posterior y, si gustas, puedo calentar agua.

—Tal vez más tarde —respondió ella.

—No sería problema, de hecho no me importaría acompañarte —dijo casualmente.

La aprendiz soltó la tela y le clavó la mirada a Reiter. —¿Perdón?

Reiter sintió calor en el rostro y buscó desesperadamente una explicación. —¡Oh! ¡Lo
siento! Olvidé que algunas personas consideran eso inapropiado. No es de extrañar en el
desierto. Alguien más puede ayudarte a sacar la arena de los sitios que no puedes alcanzar.

—Sus palabras sólo empeoraron la situación y el silencio se extendió una vez más.

—Mira —Reiter tomó la tela de súbito—, déjame ayudarte. —Con presteza sumergió el
trapo en el agua. Su mano rozó el cabello de la aprendiz y el muchacho sintió un escalofrío
recorrer su brazo. Sin dudar, colocó la tela sobre la armadura y comenzó a frotar. La
aprendiz dejó escapar un grito ahogado. —Espera...

Cuando la tela mojada entró en contacto con la mancha, todo pareció ocurrir en un instante. La aprendiz gritó, el tazón de agua se derramó y la mesa *bajo* el tazón se volcó. Humo inmundo, que hedía como azufre y sangre podrida, permeó el ambiente. Reiter gritó y cayó de la silla. La aprendiz tomó la coraza y la lanzó por la puerta. La pieza metálica voló por encima del balcón hacia la tormenta de arena.

Antes de desplomarse, Reiter vio como una bola de fuego verde se expandió y se desvaneció sobre la coraza. Después de desplomarse, la mesa le cayó encima, inmovilizándole y sacándole el aire.

Gritando y llorando, Reiter luchó por quitarse la mesa de encima. Fuertes brazos retiraron el peso que le oprimía el pecho y Anajinn, la guerrera divina, le observó preocupada.

El padre de Reiter entró al área común con los ojos muy abiertos. —¿Qué ocurrió?

—Excelente pregunta —respondió Anajinn. Los ojos de la guerrera divina se posaron en Reiter, luego en la coraza que se encontraba afuera en medio de la tormenta y finalmente en su aprendiz. A ésta última la miró con severidad.

Para sorpresa de todos, la aprendiz se echó a reír. Sollozos de regocijo puro sacudían su cuerpo y ésta tuvo que tomar asiento para no colapsarse. El padre de Reiter parecía indignado. —En nombre de Akarat, ¿qué le ocurrió a mi hijo?

La aprendiz se limpió las lágrimas y dijo exactamente lo que Reiter esperaba que no dijera. —Ofreció bañarse conmigo y luego intentó ayudarme a limpiar la armadura a modo de disculpa. —Más carcajadas llenaron el área común. —Lo siento, Anajinn. Nunca imaginé que echaría agua sobre sangre de demonio seca.

—¿Él hizo qué? —Los ojos del padre de Reiter iban y venían entre su hijo y Anajinn. Reiter quería que se lo tragara la tierra. —¿*Qué cosa* seca?

Anajinn aún tenía la vista clavada en su aprendiz. —¿En verdad? —La joven contuvo la risa lo suficiente como para asentir. —¿Cuánta? —La aprendiz hizo un gesto con los dedos, indicando el tamaño de una pulga grande. —Bueno —suspiró Anajinn aliviada—, entonces no ocurrió nada grave.

El padre de Reiter parecía estar atrapado entre preocupación, ira y miedo. —¿Grave? ¿Qué hizo mi hijo?

—Nada terrible al parecer —dijo Anajinn—. ¿Ha habido desapariciones entre las caravanas que van rumbo a Caldeum? ¿Sí? Bueno, considero que no tendrán problemas en los años venideros. Justo antes de que se soltara la tormenta de arena encontramos un... nido. Esas criaturas en particular no gustan del agua; por razones obvias, el desierto se convirtió en un hogar feliz. Con el ceño fruncido, Anajinn tomó otra pieza de su armadura, un quijote, y lo examinó cuidadosamente. —Pensé que habíamos limpiado todo aquello que pudiera ser peligroso, pero es difícil ser minuciosa cuando la arena te ciega por tres días seguidos. — Ella inclinó la cabeza en dirección al padre de Reiter. —Humildemente le imploro perdón. Aunque el peligro fue mínimo, el descuido fue mío.

Reiter vio como se movía la boca de su padre sin emitir sonido alguno. Finalmente se aclaró la garganta. —Ya... veo, no hay problema. También pido disculpas por el comportamiento de mi hijo —dijo mientras miraba a Reiter con severidad.

—Oh, las disculpas no son necesarias —respondió Anajinn de inmediato—, si mi aprendiz le está echando el ojo a su hijo, por mí está bien.

La aprendiz suspiró. —Eso no...

—No hay necesidad de explicaciones —interrumpió Anajinn con una sonrisa—. Amor entre jóvenes, algo tan hermoso. Dos flores que alcanzan la plenitud en primavera; rosas del desierto y demás. Como sabes, no hay nada en el juramento del guerrero divino que te impida...

—¿Mi juramento? No —gruñó la aprendiz—, ¿mi buen gusto? Sí.

La tremenda carcajada de su padre orilló a Reiter a ocultarse en el almacén principal de la posada. El muchacho se dio a la tarea de evadir a ambas mujeres durante el resto de su estadía, la cual duró alrededor de una semana.

En su mayoría, Reiter tuvo bastante éxito. Sin embargo, en cierto punto, la aprendiz lo buscó e intentó disculparse por su último comentario.

—El sentido del humor de Anajinn se me está pegando. Podemos ser algo... cortantes una con la otra de cuando en cuando, mas no es excusa. Siento haber dicho lo que dije.

Reiter murmuró e hizo un ademán con la mano. Tanto ella como su maestra parecían estar locas. *Sangre de demonio*. El muchacho negó con la cabeza. Eso debió ser una mentira. Pensar lo contrario no era razonable.

—Mujer extraña —comentó el padre de Reiter una vez que se fueron—. Te aseguro que tiene algo. Se hace llamar guerrera divina y viene de los pantanos del este. Historia interesante. Vino al desierto en busca de algo relacionado con su religión, creo. Ey, debí preguntar. Algo fascinante.

—Supongo que sí. —Dijo Reiter.

II

—No te olvides de barrer. —Dijo débilmente el padre de Reiter. Una tos de perro sacudió su frágil cuerpo. El hombre se cubrió la boca con ambas manos, pero Reiter pudo ver las flemas deslizarse por los espacios entre sus dedos huesudos. —Posada... limpia...

—Lo haré, padre. Termínate tu sopa. —Dijo Reiter.

—No puedo... No me gusta el sabor...

—Bea la preparó especialmente para ti esta mañana —respondió Reiter con mayor paciencia de la que sentía en realidad—. Necesitas tus fuerzas, termínatela.

Reiter cerró la puerta y regresó al área común. La comida del día fue servida hace horas y sólo quedaban tres clientes en las mesas: los dos mercaderes cansados que discutían los precios del vino de la Marca del Oeste y el individuo religioso que leía en silencio un libro grueso. Reiter caminó detrás del mostrador. Su esposa estaba afilando uno de los cuchillos de cocina.

—¿Podrías llevarle a mi padre un poco más de té? —Preguntó Reiter. —No se encuentra bien el día de hoy.

—¿Podemos darle algo de miel? —Preguntó ella con una mirada comprensiva.

Reiter dejó escapar un suspiro. El precio de la miel había subido en los últimos meses y el mercader de Tristram venía retrasado. Reiter esperaba que llegase la próxima semana, pues las reservas de la Posada Oasis pronto se agotarían.

—No creo —cuando ella le miró con desaprobación, éste agregó—, si no tenemos miel, habrá descontento entre la clientela y nuestra reputación sufrirá. Mi padre no querría tal

cosa. —La expresión de Bea se tornó más negra. —Estoy seguro de que él mismo te diría que obviaras la miel si estuviera al tanto de la situación. La posada lo es todo para él, es su legado. —Por un momento, Reiter parecía no saber qué hacer, pero luego alzó las manos a modo de gesto conciliatorio. —Está bien, dale un poco de miel.

Bea le miró de manera aún más hosca, pero preparó el té —con una generosa cucharada de miel— y desapareció por las escaleras.

Reiter suspiró de nuevo. Aunque había cedido, estaba seguro de que Bea se lo recordaría más adelante. Ella parecía disfrutar haciéndole sentir miserable sin razón aparente.

La puerta de la posada se abrió de golpe y pasos pesados hicieron eco en el área común. Reiter miró la escalinata un momento más y luego recitó su discurso. —Bienvenido a la Posada Oasis, caballero, ¿puedo ayudarle?

—¿Caballero? Al menos eso es mejor que dama —dijo una voz femenina con aire divertido.

Reiter se volvió. La recién llegada vestía armadura pesada, la misma que había visto hace ocho o nueve años. Casco, coraza, escudo, mangual y tabardo blanco bordado con el símbolo de Zakarum. Era ella. La boca de Reiter se abrió desmesuradamente.

¿La guerrera divina? —Yo... mil disculpas, dama. —Dijo sin pensar.

Ella rió. —“Dama”. Mi nombre es Anajinn.

—Mil disculpas, Anajinn. —Dijo Reiter. ¿Ése era su nombre? ¿Tenía apariencia distinta de la que recordaba. Su cabello era más claro y largo, tenía una mandíbula más definida y nariz más pequeña. Era extraño, pero también parecía más joven.

Reiter podía sentir las miradas de los presentes en el área común. Era un tanto reconfortante saber que no era el único que se sentía intimidado por su apariencia. —

¿Necesitas una habitación? ¿Viene tu aprendiz contigo? —Aprendiz... Se le encogió el estómago. Imágenes de una mesa volcada y una mancha problemática se manifestaron en su mente. La vergüenza hizo acto de presencia, mas Reiter silenció el recuerdo con presteza.

—Sólo necesitaré una habitación sencilla, pues aún no hallo una aprendiz. También me gustaría visitar de nuevo tu biblioteca.

Reiter la condujo fuera del área común hacia la biblioteca. —Por supuesto, tenemos la mejor biblioteca en —su voz se fue apagando gradualmente y frunció el ceño. *¿Aún no halla una aprendiz?* Anajinn tenía una en su visita previa. Por otro lado, Reiter parecía recordar lo ocurrido de manera incorrecta, así que dejó de pensar en el asunto. —La mejor biblioteca en Kehjistán, sin considerar Caldeum, por supuesto.

Anajinn le siguió de cerca. Su armadura hacía ruido con cada paso que daba. —He visitado casi tres docenas de poblados en el desierto y me parece que tú y tu padre tienen razón. En verdad poseen la biblioteca de mayor tamaño que he visto fuera de una ciudad grande. De hecho, jamás he hallado algo parecido en poblados como éste.

—Fue idea de mi padre —dijo Reiter—. El Reposo de Caldeum es pequeño, pero casi todos los viajeros que toman la ruta del sur hacia y desde Caldeum se detienen aquí. El oasis, como puedes ver. La última oportunidad de abastecerse de agua antes de cruzar la peor parte del desierto. Mi padre se dio cuenta de que había muchos académicos, eruditos y peregrinos religiosos que no tenían intenciones de quedarse en la taberna al otro extremo del camino. Así, decidió crear algo atractivo para ellos. *Una pérdida de tiempo y esfuerzo*, fue lo que omitió Reiter. Los vinos y licores eran algo más lucrativo que proporcionar una habitación tranquila para estudiosos indigentes. —Él les dijo a los mercaderes que tenía la intención de comprar los libros que tuvieran.

—Tu padre, ¿cómo se encuentra?

—Está muriendo.

Anajinn inclinó la cabeza. —¿Puedo ayudar en algo? ¿Me permites verle?

Últimamente carece de lucidez. No quisiera importunarle con recuerdos antiguos.

Anajinn le miró por un momento. —Como digas. —La puerta de la biblioteca se encontraba justo adelante. —¿Hay muchos libros nuevos desde mi última visita?

—Eso creo —dijo Reiter mientras mantenía la puerta abierta. No había leído ninguno de ellos. —Hémos aquí.

—Gracias —respondió ella.

Al dar un paso hacia atrás, un mechón de su cabello rozó la mano de Reiter, un mechón *rubio*. Los recuerdos se agolparon en la mente del posadero: la maestra, el cabello café, el nombre.

—Tú... Tú no eres Anajinn, ¿eres la aprendiz!

Recibió una sonrisa irónica a modo de respuesta. —Ya no.

—Pero... La armadura... Dijiste que tu nombre era Anajinn.

—Ese es mi nombre —respondió la mujer.

La confusión de Reiter se convirtió en ira, pues sintió que ella se burlaba de él una vez más.

—¡Ése era el nombre de tu maestra!

—Y es mi nombre —seguía sonriendo—. ¿Es acaso algo tan extraño?

—*¡Tú...!* —Reiter bajó la voz. —Hablas como si *fueras* ella —dijo entre dientes—.
¿Pretendías engañarme? ¿Acaso no me humillaste lo suficiente la última vez?

—No era mi intención faltarte al respeto. Soy una guerrera divina, soy Anajinn —dijo—,
como mi maestra y como la maestra de ella.

—¿*Todas* se llamaban Anajinn?

—Cuando tomé el escudo de mi maestra, también tomé su causa y su nombre.

—¿Tomaste su escudo? ¿Por qué? ¿Qué pasó? ¿Acaso tu maestra...? —¿*Murió?* De súbito,
Reiter prefirió no saber y cambió el tema. —¿Aún buscas libros sobre la ciudad de Ureh?

—No, busco información sobre las memorias perdidas de Tal Rasha.

—Ya... veo. —No era cierto—. Bueno, ya no te molesto. —Reiter dejó la habitación y
regresó al área común.

Bea estaba esperándole. —¿Una nueva huésped? —Reiter asintió con rigidez. —¿Quién es
ella? —Preguntó Bea.

—Vino de visita hace algunos años. Creo que sufre de locura. —Susurró. Bea le miró con
escepticismo.

Reiter retiró los platos de los mercaderes y llevó una jarra de agua fresca al hombre
solitario que se encontraba en otra mesa. *Está loca*, pensó Reiter mientras llenaba el vaso
del hombre hasta el tope. *Nadie en su sano juicio toma el nombre de alguien más e intenta
vivir su vida. No es algo razonable.* Luego se preguntó fríamente cuánto tiempo tomaría
vender todos los libros en la biblioteca una vez que muriera su padre. Quizá lo mejor era
que esta guerrera divina no tuviera razón para regresar.

Una voz adusta interrumpió sus pensamientos. —Posadero —llamó el hombre cuyo vaso acababa de llenar, el individuo religioso—, ¿quién es esa mujer? La de la armadura.

—Francamente no lo sé. —Reiter decía la verdad. —Es extraña.

El hombre cerró su libro de golpe. La cubierta ostentaba uno de los símbolos de la fe Zakarum, muy similar a la insignia que llevaba la guerrera divina. En retrospectiva, este individuo llegó ataviado en armadura, no muy distinta de la que vestía Anajinn. —¿Ha venido aquí antes?

Había cierto filo en su voz que a Reiter no le agradó. —Una vez, hace muchos años. Yo era sólo un niño —dijo con la esperanza de restarle importancia a sus palabras—. Me pareció extraña en ese entonces, poco razonable pero inofensiva. —Posteriormente se preguntó si juzgó las intenciones del hombre de manera errónea. —¿Es... es ella amiga suya?

—No. —El hielo era cálido en comparación con su tono. —Poco razonable, no obstante. Interesante. ¿Qué de ti, posadero? ¿Te consideras alguien razonable?

—Supongo que sí. —Respondió éste

—¿De cierto? ¿Qué orilla a un hombre razonable a darle asilo a una hereje?

Reiter retrocedió un paso. —¿Qué?

—Vi los símbolos en su armadura y en su tabardo. Dichos símbolos no son baratijas que puedan ser usadas como decoración. —El hombre se incorporó y Reiter notó por primera vez su imponente estatura. —Soy un paladín de la Mano de Zakarum. Elimino la corrupción y la herejía donde quiera que la encuentre. —El paladín golpeó el pecho de Reiter con un dedo y éste por poco cae al suelo. —No percibo la Luz dentro de ella, sino algo más. No puedes permitirle hospedarse en tu posada si en verdad eres uno de los fieles. ¿Lo eres, posadero?

—Sí, sí, por supuesto —chilló Reiter.

—¿Entonces por qué toleras su presencia? Preguntó el paladín.

Reiter temblaba ante la imponente figura. Jamás había visto a un paladín tan enojado. — Extiende cortesía a todos aquellos que dicen tener el favor de la Luz. ¿Cómo iba a saber lo que era ella? —Reiter tuvo una idea. —Se hace llamar guerrera divina y asumí que era fiel a su orden. Perdóneme —el posadero se postró ante el paladín—, temo que mi ignorancia me ha llevado a cometer un grave pecado. —¿Puede perdonarme, caballero? —Reiter contuvo la respiración.

Hubo una larga, larga pausa. —¿Una guerrera divina? —Reiter miró hacia arriba. El paladín ni siquiera le miraba. —¿Por qué ese nombre...?

—Dé la orden y haré que se vaya de mi posada de inmediato, caballero. —Dijo Reiter.

El paladín parecía estar perdido en sus pensamientos. —Dile que me encuentre afuera. Examinaré sus intenciones personalmente y, de ser necesario, me encargaré de ella. —El hombre subió por la escalinata, llevándose su libro consigo.

Reiter se limpió el sudor de la frente. *Esto es bueno*, dijo para sí. Anajinn podría resolver sus diferencias con el paladín afuera, tan lejos de la posada como fuera posible. Reiter escuchó al paladín haciendo ruido arriba —sonidos metálicos que indicaban que se estaba poniendo armadura— y sintió un escalofrío.

Sin embargo, no quería que Anajinn supiera qué tan asustado estaba. Ella ya le había visto humillado a manos de un poco de agua y sangre. No, decidió. Sólo le diría que se fuera. El resto no tenía importancia. Esta era la posada de Reiter, o lo sería una vez que muriera su padre, y la quería fuera. Eso era algo razonable.

Anajinn estaba leyendo un tomo grueso cuando Reiter entró a la biblioteca. —Anajinn, o cualesquiera que sea tu nombre, debes irte de inmediato. —Ella levantó la vista y cambió la página, deslizando un dedo enguantado sobre el texto conforme leía.

—Escuché palabras iracundas allá afuera. —Respondió ella.

—Hay un hombre... un paladín, dice que eres una hereje.

Ella rió. —Eso supuse. —Sus ojos nunca dejaron el texto y Reiter tartamudeó de manera incoherente. —¿Amenazó con matarme? —Preguntó Anajinn.

—Vaya, no... Sí. —Reiter intentó darle firmeza a su voz. —Creo que tiene intenciones de matarte, te está esperando afuera.

—Fue muy amable de su parte al enviarte a advertirme.

Ella siguió leyendo y Reiter cambió de posición, visiblemente incómodo. —¿No habrás de... enfrentarle?

—Eventualmente, si es que sigue ahí —dijo—. Tengo mucho que leer, así que va a estarme esperando por un buen rato. Vaya, tal vez encuentre algo mejor qué hacer.

Reiter sintió impotencia total. Sacarla a rastras parecía una pésima idea. Sin embargo, decidió actuar. —Anajinn, quiero que dejes mi posada en este instante. —Ella no respondió de inmediato y Reiter estalló. —¿Cuál es tu *problema*? ¿Qué hay en ese libro que es más importante que un hombre que intenta matarte? ¿Por qué demonios regresaste a mi posada?

Anajinn suspiró, dejó el libro y se irguió. Su armadura emitió sonidos suaves a causa del movimiento. —Tu padre le pidió a mi maestra...

—¿A la verdadera Anajinn? ¿La primera? —Interrumpió Reiter sin pensar.

La guerrera divina no pareció ofenderse. —Sí, pero ella no fue la primera. Anajinn empezó su cruzada hace un par de siglos. —Reiter parpadeó ante la aseveración, pero la mujer continuó. —Tu padre nos preguntó cuanto pudo sobre la cruzada. ¿Acaso no lo compartió contigo? —Reiter negó con la cabeza, labios bien cerrados. —En tal caso, seré breve. Ando en busca de algo para salvar mi fe.

—¿De... qué?

La sonrisa de Anajinn era triste. —Decadencia, corrupción.

—Entonces, ¿por qué te odia tanto este paladín?

—¿Estarías contento si alguien te dijera que tu fe está mal? Destinada a podrirse y a causar sufrimiento y dolor inimaginables? —Ella suspiró. —No creo que este paladín sea de alto rango. Sólo los líderes de su orden saben de la cruzada. Si él fuera uno de ellos, no aguardaría pacientemente.

—¿Qué haría?

—Destruiría tu posada para matarme. —La expresión de Anajinn se endureció. —No estoy segura de poder razonar con él. De ser este el caso, tendré que irme del pueblo. Por lo tanto, como no estoy lista para irme, habré de terminar mi lectura.

—¡Pero amenazó con matarme a mí también! —Ahí, lo dijo al fin.

Una pausa. —¿Ah sí?

—Bueno, no usó tantas palabras...

—Sin embargo, te sentiste amenazado —Anajinn cerró su libro. No era una pregunta. —
Entonces partiré de inmediato, no quiero que te sientas en peligro por mi culpa.

—Pero este libro —dijo mostrando el tomo—, ¿te animarías a venderlo? Puedo pagar un
buen precio.

Reiter la miró fijamente.

Amphi sentía su paciencia erosionarse más y más con cada latido de su corazón, cual
granos deslizándose por el cuello de un reloj de arena. El aire golpeaba el camino frente a la
posada, proyectando arena contra su armadura.

—Guerrera divina —murmuró el paladín. No podía recordar donde escuchó ese título
antes. ¿Quizá lo leyó en algún lado? ¿Lo estudió como acólito en Kurast? No, estaba seguro
de que no era el caso. ¿Por qué le incomodaba tanto? Los guerreros divinos no eran aliados
de la orden de Amphi. Eso lo tenía claro, pero tenía información incompleta. Los símbolos
de su armadura estaban grabados con cuidado y reverencia. No había blasfemia obvia. La
mujer no era un payaso, ni tampoco pertenecía a aquella chusma que pintaba símbolos de
Zakarum en sus cuerpos y visitaban tabernas de mala muerte.

Cennis. Un nombre en el que Amphi no había pensado en años. Uno de sus mejores amigos
en los templos de Travincal, alguien con insaciable sed de conocimiento. Quizá era eso. Una
noche, Cennis entró a hurtadillas al estudio de uno de los ancianos de la Mano de Zakarum
y sustrajo un libro. Emocionado, le contó a Amphi todo lo que aprendió, cosas que nunca
enseñaron a los estudiantes. Incluso estaba algo asustado. Halló conocimiento oculto,
crímenes perdidos; fracturas en la fe. Extrañamente, Cennis desapareció poco después y
Amphi...

¿Qué le ocurrió a Cennis? Amphi se enojó, un sentimiento familiar. Cada vez que pensaba en su niñez, odio e ira fluían por su mente. Era como si los recuerdos estuviesen enterrados en un foso tóxico y negro, cubiertos de inmundicia. Pronto, su curiosidad se desvaneció en un remolino de furia y...

La guerrera divina. Amphi sentía su paciencia erosionarse más y más con cada latido de su corazón, cual granos de arena. Se llevó las manos a la cabeza y parpadeó. ¿En qué estaba pensando? ¿Un amigo de la infancia? Eso era. Lo sacó de sus pensamientos. Había cosas más importantes que hacer.

—¿Deseabas hablar conmigo? —La voz trajo a Amphi de vuelta al presente. Ahí estaba ella.

Amphi notó como la gente corría hacia sus casas a ambos lados de la calle. Viajeros y habitantes se ponían a cubierto. Sabio de su parte, juzgó él. De súbito cayó en la cuenta de que la mujer le miraba extrañada, con la cabeza inclinada hacia un lado. —¿Te sientes bien, paladín?

—Dime tu nombre —espetó hoscamente—, ¿quién eres? Si el mal te obliga a...

—Me llamo Anajinn y soy una guerrera divina. —Ella alzó una ceja. —Espero que podamos conversar de manera civilizada.

—No negoció con el mal, lo destruyo una vez que lo hallo. —Respondió Amphi con brusquedad.

—Bueno —dijo Anajinn con alegría—, entonces tenemos algo en común. Sin embargo, no me parece que eso sea necesario el día de hoy. ¿Qué te atormenta?

Amphi desenvainó su espada de un solo movimiento. La mirada de Anajinn no se desvió, lo que sólo le hizo enojar más. —¿Eres una hereje, verdad?

—No. —Respondió ella.

—¿Dices pertenecer a mi fe? —Rugió el hombre. —¿Dices obedecer a Zakarum?

—No del modo que crees —Anajinn hizo una pausa y miró al hombre con simpatía. —
Tenemos mucho en común, paladín. *Mucho* en común. Buscamos lo mismo.

Amphi escupió. ¿Por qué le roían las entrañas las palabras de esta mujer? Apenas y podía controlar sus crecientes deseos de atacarla. Sin embargo, resistió y habló con firmeza. —
Esos símbolos que llevas son sagrados, no tienes ningún derecho de portarlos.

La guerrera divina negó con la cabeza. —No es eso lo que te atormenta, ¿verdad? Dime qué sabes de mí.

—Profanas mi fe. —Respondió él.

—¿Cómo?

—*No... lo... sé...* —Gruñó.

—Esto es lo que sé. —Dijo Anajinn. —Sé que el mal puede desarrollarse en cualquier lugar, incluso entre aquellos que claman virtud y justicia; en especial si no están alerta.

—Guarda silencio. —Susurró Amphi. Estaba perdiendo el control de su ira.

—Sé que la senda que seguiste hasta donde estás se encuentra cargada de remordimiento.
—Prosiguió. —Sé que valoras la rectitud y que sospechas que hay algo mal en la fe. Sé que has luchado para comprenderlo y, lo más importante, sé que eres fuerte porque aún no sucumbes al mal por completo.

—No hables más, por favor. —Imploró Amphi. Ella tenía razón. Había momentos interminables en los que cuestionaba los actos de su orden. En su mente sólo había caos.

—Sé que has sentido la gloria de la Luz, de lo contrario habrías desechado tus juramentos. También sé que la has percibido en los campos, en el mundo, entre su gente... pero nunca en Travincal, jamás en los templos de tu orden, y sé que sabes la razón. En lo profundo de tu corazón lo sabes, aun si te han ocultado las respuestas.

El dolor fulguró en los ojos del paladín y éste inclinó la cabeza en silencio. Había una tormenta en su interior. Luego se zambulló en su furia y buscó la verdad.

Lo que vio fue una piedra rodeada de oscuridad.

Algo cedió y el conflicto se desvaneció al instante.

Fue reemplazado por odio, odio puro.

Amphi apuntó su espada hacia la guerrera divina. Sintió claridad, un propósito, por primera vez desde que la vio. El hombre alzó las manos sobre su cabeza e invocó el poder de la Luz.

—No hay más que decir, hereje. ¡Muere! —Rugió.

Anajinn se limitó a asentir. —Sea. —La guerrera divina sonrió con tristeza mientras Amphi descargaba su poderío contra ella.

Reiter no podía escuchar lo que decía el paladín, pero no había forma de confundir la expresión en su rostro. El hijo del posadero siguió mirando a través de la ventana frontal de la posada. Poco después, Bea se aproximó.

—Aléjate —siseó—, es peligroso.

—Tú primero. —Respondió ella. Reiter la fulminó con la mirada, pero un destello de luz le hizo mirar de nuevo hacia la calle.

Bea inhaló con fuerza; Reiter se estremeció. Varios metros encima de su cabeza, el paladín invocó... algo... que brillaba como el sol de medio día. Con un grito se lo lanzó a Anajinn.

Justo antes del impacto, Reiter vio a Anajinn sonreír.

Hubo un sonido ensordecedor y una gran nube de fuego estalló en el punto donde se encontraba Anajinn. De la guerrera divina, nada de nada.

Por un instante.

Descendió luz desde los cielos, una descarga de poder resplandeciente, y Anajinn con ella. El paladín no la vio venir y poco después ya no vio nada más.

Reiter gritó asustado y trastabilló al retroceder, alzando los brazos para resguardar sus ojos de la luz cegadora. Al bajar las manos, la pronunciada forma púrpura de la descarga aún danzaba en sus ojos. El posadero parpadeó y entrecerró los ojos. Anajinn se encontraba de pie, sola y tranquila. Su mangual se balanceaba lentamente de lado a lado.

Del paladín *quedaban* rastros —muchos de ellos— regados a lo largo y ancho del lugar. La arena alrededor de Anajinn parecía estar húmeda.

Reiter comenzó a temblar y Bea se cubrió la boca con ambas manos. Petrificado, Reiter miró fijamente la escena mientras Anajinn deslizaba la empuñadura de su mangual a través de una anilla especial en su armadura. Luego de echar un último vistazo hacia la posada, Anajinn dejó el Reposo de Caldeum en dirección al oeste, con el sol poniente como guía.

El único acompañante de la guerrera divina era el silencio y el poblado entero contuvo la respiración mientras se marchaba.

Reiter escuchó ruido en el piso superior, en los aposentos de su padre, y subió corriendo a ver qué ocurría. —¿Padre, te encuentras bien?

Su padre no había estado tan animado en meses. Observaba por la ventana y seguía a Anajinn con la mirada mientras ésta se desvanecía entre las arenas del desierto. —Es ella, ¿verdad? ¡La de hace años! Sabía que tenía algo; ojalá hubiera subido a visitarme. Le dio una lección a ese desgraciado, ¿no?

—Supongo que sí. —Respondió Reiter.

III

—No soy un hereje, he seguido el sendero de la fe toda mi vida. —Reiter luchó por mantener su voz firme. Tres rostros impasivos tenían sus miradas clavadas en él y no sabía si le creían o no. —Sólo soy un humilde sirviente que tiene la esperanza de vivir según las palabras del sabio profeta Akarat. Estoy seguro de que tropiezo de cuando en cuando, pero yo...

El más chaparro de los paladines, un hombre delgado con rostro arrugado, y que sufría de calvicie, le interrumpió. —Eso es lo que nos preocupa. Parece que has tropezado —dijo empujándole con fuerza—. Le diste asilo premeditado a una enemiga de la fe y uno de los fieles murió tratando de rectificar eso; uno de nuestros hermanos.

—¡No, no! —Reiter dejó escapar un grito ahogado mientras el paladín le azotaba contra la pared. Las tablas de madera crujieron a causa del impacto. —¡Cuando tu hermano pidió mi ayuda, se la di sin reservas!

—Con Amphi muerto, sólo tenemos tu palabra al respecto —dijo el segundo paladín—, pero sabemos que de todos los edificios en este pueblucho dejado de la mano de Akarat, la hereje decidió quedarse en el tuyo.

—No puedo ver qué hay en el corazón de las personas que entran por mi puerta. —Reiter suplicó. El primer paladín estrujó con fuerza el hombro de Reiter, quien dejó escapar un chillido de dolor. —¡No estoy ocultando nada! ¡Les he dicho todo lo que recuerdo y ella no ha vuelto en años!

El tercer paladín habló. —Nos dijo su nombre. Anajinn, eso es más de lo que sabíamos antes.

El primer paladín negó con la cabeza. —Todavía creo que está ocultando algo. —El hombre usó una mano para mantener a Reiter inmovilizado contra la pared y acercó la otra a su

rostro. Una luz fulgurante danzó entre sus dedos. —Quiero que entienda la gravedad de la situación. —Reiter intentó soltarse sin éxito. Chispas saltaron del puño del paladín y una cayó sobre la nariz de Reiter. Éste gritó mientras el dolor pasaba a través de su cráneo.

—Suficiente, Cennis —dijo el tercer paladín—. Si lo que escuchamos es cierto, si la guerrera divina se encuentra en esta zona, la hallaremos. No puede ocultarse en el desierto para siempre sin visitar este oasis. No hay necesidad de atormentar más a este pobre tonto.

—Yo estoy a cargo, *no* me cuestiones. —El primer paladín acercó su mano lentamente al rostro de Reiter.

—Suficiente. —El segundo paladín tomó con fuerza el brazo del primero y ambos hombres se miraron duramente por unos instantes. Reiter, parpadeando a causa de las lágrimas, temía que terminaran peleando entre ellos. Sin embargo, eso le asustaba mucho menos que la idea de ser el blanco de su furia.

—Está bien. —El primer paladín soltó a Reiter, quien se agarró el hombro izquierdo y cayó de rodillas, respirando con dificultad. De su nariz escurría moco. —Tal vez tengas razón. Las noticias de Travincal, los templos... Quizá me precipité un poco, mas no pediré disculpas.

—No hay necesidad —dijo el segundo paladín—. Aunque lo hizo sin darse cuenta, el posadero le *concedió* refugio. Supongo que no repetirá ese error.

Reiter negó con desesperación. —No, nunca.

—Bien —dijo el primer paladín—. Y si acaso vuelves a ver a ese ser abominable, nos informarás sin dudar. —Éste se inclinó hasta que su nariz quedó a escasos centímetros de la de Reiter. —¿Entendido?

—¡Sí, sí!

Los tres paladines dieron media vuelta y dejaron la posada. No había clientes en el área común. Reiter respiraba con dificultad y lloraba.

Se escuchó una voz vacilante. —¿Estás bien, papá?

Reiter aspiró con fuerza una última vez, se limpió los ojos y se volvió para mirar a su hija, Lilsa. —Por supuesto, sólo me entró arena en los ojos. Vaya, me hace ver como un tonto en ocasiones. —Se incorporó y esbozó una sonrisa forzada. Su niña sólo tenía cuatro años, aunque parecía ser más inteligente que la mayoría de los niños del doble de su edad. — Esos amables hombres decidieron pasar la noche en otro sitio.

La niña se mordió una uña antes de contestar. —A mí no me parecieron amables.

Reiter se obligó a reír. —Supongo que no —se limpió de nuevo los ojos—, ¿dónde está tu mamá?

—Afuera, en la parte trasera, con las dos simpáticas mujeres que visten metal brillante. — Respondió Lilsa.

Sus palabras, expresadas con inocencia total, le hicieron detenerse por completo. Reiter sintió el color dejar su rostro.

Era imposible. No podía ser.

Reiter se arrodilló de inmediato para quedar cara a cara con su hija. Ella hizo una mueca ante la expresión de su padre, quien intentó sonreír de nuevo. —¿Qué simpáticas mujeres, Lilsa? —Ella se alejó, quizá su sonrisa no había sido muy convincente. —¿Qué mujeres, Lilsa? Es importante. —Reiteró.

Sus ojos estaban muy abiertos. —Dos mujeres. Creo que una de ellas está herida. —Dijo al fin.

Reiter tomó a Lilsa en brazos y cruzó el almacén en dirección a la puerta trasera. El brutal sol desértico asaltó sus sentidos, pero no había modo de confundir lo que veía. Tres mujeres sentadas en la larga banca de madera detrás de la posada.

De un lado se encontraba Bea, sosteniendo una tela húmeda con las manos. Del otro lado, una muchacha adolescente que Reiter jamás había visto antes. En el centro estaba...

...ella.

—¿Qué *haces* aquí? —Reiter chilló con pánico mientras depositaba a su hija en el suelo.

—Está herida, Reiter. —Dijo Bea con firmeza. —Tranquilo.

—¡No me importa! Acaban de invadir mi posada por su culpa. —Reiter miró a Anajinn, quien tenía la cabeza inclinada y respiraba trabajosamente. —Trajiste a tus enemigos a mi posada, guerrera divina, y... —Reiter frunció el ceño y guardó silencio. La tierra bajo la banca estaba mojada; escurría sangre de su armadura. —¿Qué ocurrió?

La mujer más joven, la adolescente, fue quien contestó. Tenía la misma edad que la Anajinn actual cuando Reiter la conoció. —Ayer encontramos problemas en el desierto y a Anajinn se le olvidó como evadir. —La muchacha retiró la coraza de la guerrera divina con cuidado. Reiter dejó escapar un grito ahogado. Un desgarré profundo se extendía de un lado al otro del abdomen de Anajinn. —Las heridas causadas por hojas demoníacas no cierran con facilidad.

Reiter sintió a su hija aferrarse a su pierna. —¿Demonios?

Anajinn habló con dificultad. —No tienes nada de qué preocuparte. No verán el siguiente amanecer.

La joven resopló. —Quien casi no ve el siguiente amanecer eres *tú*. He de intentar curarte una vez más. —Ella se arrodilló enfrente de Anajinn y abrió un tomo grueso y antiguo, escrito en caligrafía ancestral. La aprendiz señaló un punto en la página y se lo mostró a Anajinn. —¿Empiezo aquí?

—Sí —respondió Anajinn—, concéntrate y expande tu fe.

Reiter miró a ambas, confundido. —No comprendo, ¿qué están...? —Bea hizo un ademán con la mano y el hombre guardó silencio.

La guerrera divina no dijo más y su aprendiz comenzó a recitar una antigua ley de la fe Zakarum. Reiter frunció el ceño. ¿De qué serviría un sermón aquí? Sin embargo, tenía que admitir que las palabras de esperanza eran bienvenidas. El día pareció hacerse más brillante, un poco más cálido; atractivo incluso. Reiter alzó la vista maravillado, era como si les cubriera un manto de Luz.

La aprendiz terminó el pasaje y cerró el libro. —Listo. —Anajinn alzó la cabeza y se incorporó. Parecía mareada, pero rechazó la mano que le tendió su aprendiz. Luego de ajustarse los hombros, la guerrera divina se estiró. Su camisa aún presentaba manchas rojas, mas no había señales de sangre fresca.

—Buen trabajo —Dijo Anajinn. La aprendiz esbozó una sonrisa radiante.

Reiter parpadeó. La herida de la guerrera divina desapareció, como si nunca hubiera estado ahí. ¿Hizo... qué...? —Luego recuperó la compostura. —No importa, debes irte ya.

—¡Reiter! —Dijo Bea a modo de advertencia. Sin embargo, el hombre negó con la cabeza y prosiguió.

—Tengo una hija, una esposa embarazada y una posada qué proteger. —Respondió. —Hay tres paladines en el pueblo. ¡Ojalá sólo sean tres! Saben que estás en la zona, así que deja mi posada en paz, por favor.

Reiter esperaba que Anajinn se opusiera, sin embargo, ella se limitó a asentir y cansinamente se puso de nuevo la coraza. —Lamento que te hayan dado problemas. La mayoría de sus corazones se encontraban en el sitio correcto, pero en semanas recientes se han perdido por completo.

Su aprendiz le extendió una espada enfundada y su mangual, armas que ciñó a su armadura. Por último, Anajinn recogió su escudo. —Cuídate de aquellos que vengan de Travincal. Actúan de manera inestable pues ocurrió algo dramático ahí.

—Ya lo sé, guerrera divina —gruñó Reiter—, uno de ellos casi me arranca la cabeza. ¡Me culpan de lo que *tú* hiciste! Me consideran responsable de la muerte del otro paladín.

—¿Ah sí?

—¡Sí! —Reiter se aproximó a la mujer. Su rostro estaba enrojecido a causa de la ira y la vergüenza. —Viniste a mi posada, no a la de alguien más, a la mía. Piensan que eso me hace culpable. Me dijeron que creían que les estaba ocultando algo.

—¿Dónde están ahora? —Preguntó Anajinn en voz baja.

—Son problema de alguien más. Parecía que querían registrar el resto del Reposo de Caldeum. —Reiter se alejó, satisfecho con la cara que puso Anajinn. —Me has causado suficientes problemas y quiero que te marches de mi posada en este momento.

Anajinn y su aprendiz intercambiaron miradas imposibles de leer y, posteriormente, la guerrera divina dejó que el borde inferior de su escudo se clavara en la arena mientras negaba con la cabeza. —No podemos irnos.

—Bien —declaró Bea—, ustedes dos necesitan descansar antes de ir a ningún lado.

Reiter abrió desmesuradamente la boca por la sorpresa. —¡Bea!

Ella le miró desafiante. —No hay clientela y tenemos suficiente espacio. Podemos mantenerlas a salvo un par de noches.

—¡Los paladines!

—¿Qué de ellos? Ya se fueron —dijo Bea—. Éstas dos llegaron del sur, del desierto. No usaron el camino principal, nadie las vio. Prepararemos catres en el segundo almacén y apilaremos cajas de tulipanes y carne seca frente a la puerta. Si los paladines regresan, no sabrán que ahí hay una habitación. Incluso puedes invitarles a que investiguen. Eso hicimos cuando aparecieron bandidos el año pasado. En ese entonces lo consideraste una gran idea.

—Hay un problema mayor —dijo Anajinn. Bea y Reiter se volvieron para mirarle. —Los paladines regresarán y no importará si nos encuentran o no.

—¿Qué? ¿Por qué? —Preguntó Reiter.

—Ya te consideran culpable —la voz de Anajinn era fría—, no están bien de la cabeza. Hay muchas probabilidades de que, una vez que su búsqueda por el pueblo no rinda frutos, descarguen su ira contra ti u otros. Los impulsa el odio, no un propósito divino. Tú y tu familia se encuentran en peligro, posadero.

—¡Por culpa tuya!

—Sí y no te dejaré a ti ni a tu pueblo a su merced. Si no quieres que proteja tu posada de manera directa, mi aprendiz y yo acamparemos en el desierto donde no puedan vernos. Si escuchamos o percibimos...

—Oh, no seas absurda. Estarán bien en uno de nuestros almacenes —Bea interrumpió los resoplidos de rabia de Reiter con una mirada cortante—. No será problema, déjame hablar con mi esposo por un momento.

Reiter permitió que Bea le condujera a él y a Lilsa de vuelta al interior, lo suficiente como para que la guerrera divina no pudiera escucharles. —¿Estás loca, Bea? ¡Esos paladines nos matarán!

Bea aguardó hasta que hubo terminado. —Lilsa, ¿puedes subir a tu cuarto un minuto? La niña desapareció por las escaleras. Bea habló, su tono lleno de desprecio. —¿Eso quieres que vea tu hija? ¿A su padre echando al desierto a dos personas, una de ellas herida, porque tiene miedo de lo que pensarán tres extraños?

—Eso es completamente injusto —dijo Reiter—, Anajinn ha traído la muerte sobre nuestras cabezas y no importa qué tanto la odien esos hombres, no nos matarían sólo porque ella se quedó aquí hace seis o siete años. A menos, claro, que la *hallaran* aquí. Piensa en Lilsa, piensa en el que viene en camino. —Reiter colocó gentilmente una mano sobre el abdomen de Bea. —Nuestros hijos necesitan que Anajinn se vaya. Mira, sé razonable.

Bea miró la mano de su esposo y luego alzó la mirada para verle a los ojos. —Entonces, ¿estás dispuesto a creerles a esos paladines y no a Anajinn?

—Como dije, estoy seguro de que Anajinn exagera.

Ella retiró la mano que se encontraba sobre su abdomen. —Esos hombres amenazaron con matarte. Ella no ha sido más que amable y honesta. —Bea entrecerró los ojos. —No entiendo por qué te cae tan mal, pero yo le creo. Si hay posibilidad de que los paladines nos hagan daño la necesitamos aquí para proteger a nuestros hijos. ¿Te parece eso *razonable*? —Bea se volvió, pero le lanzó una última mirada por encima del hombro. —Cualesquiera que fueren las fallas de tu padre, él no era un cobarde y se avergonzaría de ti en este momento. —Bea salió para hablar con las dos mujeres.

Reiter se sintió enfermo. *No lo comprende, logrará que nos maten a todos.* Escuchó el sonido de una armadura, lo que indicaba que la guerrera divina se preparaba para entrar. El posadero abandonó el área común. No quería verla, necesitaba pensar.

¿Mi padre se avergonzaría? Reiter frunció el ceño. Su padre ciertamente gustaba de la caridad —cualidad que Reiter no poseía— pero era, ante todo, un hombre pragmático, un hombre razonable.

Sin embargo, Reiter tenía que admitir que Bea estaba en lo correcto en una cosa, era posible que los paladines regresaran. Éste tembló al pensar en eso.

Quizá, tal vez, Anajinn y su aprendiz podrían enfrentarles. Reiter vio lo que le hizo a ese otro paladín hace ya tantos años. No lo entendió, mas lo vio.

Sin embargo, ese día ella se encontraba saludable, descansada, confiada. Hoy era distinto. Estuvo cerca de morir hace unos minutos. Sin importar lo poderosa que fuera su aprendiz, o lo bien que pelearan juntas...

No puede vencerles, decidió Reiter. Sólo tendría que sobrevivir un paladín para que su familia sufriera las consecuencias.

Nos informarás sin dudar, dijo el paladín llamado Cennis.

Reiter se incorporó. Esa era la salida, pensó entre una descarga de esperanza. Cabía la posibilidad de que los paladines no fueran razonables hasta que hallaran a Anajinn, sin embargo, se calmarían una vez que lo hicieran. Si Reiter los condujera a ella, verían que sinceramente no tenía deseos de ayudarle. Quizá hasta le elogiarían por su franqueza.

Pero Anajinn... tanto ella como su aprendiz morirían. *Mejor ellas que mi familia,* se dijo con firmeza. En silencio, se escabulló fuera de la posada.

El Reposo de Caldeum no era un pueblo grande y Reiter se dirigió al oeste. Tenía la confianza de que les encontraría. *Nos informarás sin dudar*. Sus pasos tranquilos se hicieron más prestos; comenzó a trotar.

Pronto, echó a correr.

El herrero siguió golpeando el yunque como si nada. —Entiendo, mi señor —saltaban chispas cada vez que caía el martillo—, si entra una mujer en armadura extraña...

—Si entra *cualquier* mujer —interrumpió Cennis—, la hereje podría disfrazarse para engañarte y conducirte al pecado.

—Sí, mi señor —dijo el herrero—. Si entra cualquier mujer saldré a buscarle a usted o a uno de sus hermanos. —El hombre tomó el delgado bloque de metal al rojo vivo con sus tenacillas y lo examinó de cerca. Con un gruñido, lo colocó en el yunque y comenzó a golpear los bordes nuevamente. —¿Necesita algo más, mi señor?

Los dedos de Cennis temblaron. —Mírame cuando te hablo, herrero. —Dijo con suavidad.

—Por supuesto. —Respondió el herrero. Luego de echarle al paladín una mirada superficial, regresó a su trabajo. —Lo que usted diga, mi señor.

No había ni un ápice de burla en la voz del hombre, pero Cennis sintió la ira burbujear en su interior y se aproximó al herrero. —¿Te estoy distraendo? ¿Acaso interrumpo tu trabajo?

—No, mi señor, le escucho. —Cuando sus ojos se cruzaron con los de Cennis, el herrero parpadeó al notar por primera vez algo peligroso. Con un pesado suspiro, echó el acero a un tonel de agua. Surgió vapor al son de un agudo siseo. —Mil disculpas. ¿Qué más necesita saber, mi señor?

—¿Qué estás creando? —Preguntó casualmente el paladín.

—Una rasqueta para barriles, el posadero necesita una.

—¿El dueño de la Posada Oasis?

—El mismo.

Cennis asintió con tranquilidad. —Entiendo. —Y era verdad, entendía más de lo que este tonto podría sospechar. *El pueblo entero es muy unido. Viven juntos en el pecado.* Merecían un castigo colectivo.

Entonces se le ocurrió una idea maravillosa y miró a su alrededor. Sus compañeros estaban en otro lado, interrogando a alguien más. Perfecto. —Si hubieras visto a la hereje me lo habrías dicho, ¿verdad?

—Claro, mi señor. —Contestó el herrero.

—No te creo.

El hombre frunció el ceño. Cennis alzó la mano derecha de forma casual, como si inspeccionara su guantelete. Luego, se inclinó sobre el yunque mientras movía los dedos. El herrero retrocedió de manera instintiva. *¿Le temes a un sirviente de la fe? ¿Qué ocultas?*

—Quiero que entiendas la gravedad de la situación. —Cennis apretó el puño y la Luz lo llenó. Una forma brillante apareció entre ambos hombres. —Estoy seguro de que forjas finas rasquetas para barril, ¿qué sabes de martillos?

El herrero trastabilló. Incluso sus ojos pecaminosos no confundirían el martillo de Luz pura que se encontraba suspendido en el aire. Extrañamente, la mirada del hombre iba y venía por la habitación. Cennis se volvió, pero no halló nada de interés. Quizá las sombras tenían

apariencia extraña, pues crecían y cambiaban. Cennis recordó cuando las sombras desaparecían ante un martillo bendito de Luz. De eso hacía casi una vida, cuando él aún era un niño.

Cennis colocó una mano sobre su frente y frunció el ceño. Le dolía la cabeza. El martillo perdió cohesión y se desvaneció. Pensar en su niñez trajo dolor e interrumpió su concentración. El paladín hizo una mueca y expulsó esos pensamientos de su mente. Hace casi una vida no era algo relevante en este momento. El martillo volvió a manifestarse.

—Mi señor —tembló la voz del herrero—, yo...

Cennis hizo un ligero movimiento con el martillo y el yunque estalló lejos de él. El herrero se agarró el estómago con fuerza y se desplomó gritando. Tenía un trozo de metal incrustado en sus tripas.

—Lo lamento, *mi señor* —dijo Cennis—. ¿Decía usted? —La mirada en el rostro del herrero era deliciosa: impotencia y miedo totales. Cennis sostenía el martillo fulgurante a escasos centímetros del hombre. —¿Por qué no me cuenta lo que sabe acerca de la hereje?

El herrero suplicó, lloró y juró que no sabía nada. Clamó por la misericordia de Akarat. *Un poco tarde para eso.* ¿Qué clase de criatura perdida continúa mintiendo? ¿Qué había visto que se rehusaba a mencionar? Cennis dudó. Quizá era necesario tomar medidas más severas. Extendió la mano ligeramente hacia el rostro del hombre y...

Éste dejó de gritar. Sus ojos, desorbitados, reflejaron la Luz del martillo de modo interesante, incluso puro, sin las imperfecciones del iris o la pupila.

Líquido rojo arruinó los orbes completamente blancos, acumulándose bajo los párpados del hombre. Cennis observó fascinado. Dos estallidos, bastante sonoros, regaron líquido carmesí y delgadas líneas de fluido blanco por las mejillas del herrero. Sin embargo, éste no gritó, su lengua estaba paralizada por el terror.

De pronto, Cennis se dio cuenta de lo que había hecho. Pasarían horas, quizá días, antes de que este hombre pudiera responder a cualquier pregunta y se reprendió por ello. *Un desperdicio*. Negando con la cabeza, el paladín usó la Luz y le arrancó la lengua de un tirón. Ni siquiera tuvo que usar las manos. La carne rosada rebotó en el suelo arenoso y, al fin, el herrero gritó. Un sonido de dolor sin palabras. Cennis no hizo nada; era una buena idea. La guerrera divina se encontraba en la zona, de eso estaba seguro. No hallaría refugio si el pueblo entero sólo albergaba ciegos y mudos. Eso se merecían por proteger a una hereje hace años. Sí, decidió, iría de puerta en puerta...

—Akarat nos libre. —Un suspiro ahogado surgió desde la entrada de la herrería. Cennis se volvió con calma. El posadero, *ese* posadero, miró al herrero, quien siguió gimiendo.

—Akarat no puede salvarte —le dijo Cennis al posadero—, nadie puede.

—Yo... —La mirada del posadero iba de Cennis al herrero y de vuelta. —Vine a decirte... como ordenaste... sin dudar...

—Oh, no lo creo —respondió Cennis con tristeza y flexionó un dedo. Una anilla de Luz brillante rodeó la garganta del posadero. El paladín apretó con gran fuerza; el posadero comenzó a ahogarse. —La mujer regresó, ¿verdad? Te demoraste en venir a decírmelo. Conozco a los de tu calaña, aguardaste. Cennis flexionó los dedos una y otra vez. Más anillas de Luz se manifestaron, inmovilizando las muñecas y los codos del posadero. Sus jadeos se convirtieron en débiles gritos.

Cennis salió de la herrería arrastrando al posadero. —¡Hermanos! —Gritó. —¡Hermanos, el pecador está aquí! —Después de pensarlo un momento, Cennis alzó las manos y descargó chispas sobre el techo de la herrería. Humo y llamas pequeñas pronto dieron paso a un gran incendio. El paladín asintió con satisfacción. En ocasiones, sus compatriotas sentían aprensión por lidiar con el mal de manera tan... decisiva... como él. Así no tendría que decirles qué ocurrió. El fuego era perfecto para eliminar cabos sueltos.

El posadero, pese a tener la garganta aprisionada, intentaba hablar. —Familia... misericordia...

—Calla —dijo Cennis.

—Pequeña, no toques el escudo de la amable dama —Bea tomó a Lilsa en brazos y le dio palmaditas en la espalda. Después miró a Anajinn y frunció el ceño. —No planeas dormir con la armadura puesta, ¿verdad?

La guerrera divina levantó la cabeza de la almohada y sonrió. —Se ve absurdo, ¿no? Se recostó de nuevo al son de un suspiro. Su aprendiz se sentó en un banco al pie de la cama, sirviendo té en tres tazas. Anajinn cambió de posición y la armadura emitió sonidos metálicos.

En efecto, se veía absurdo. Bea suprimió una sonrisa. —Estoy segura de que dormirás mejor si te la quitas —Lilsa soltó una risita. —¿Lo ves? Mi hija está de acuerdo.

—Probablemente tenga razón. —Respondió Anajinn. Su sonrisa parecía sincera, pero la fatiga se apreciaba en sus ojos. Bea sospechaba que ésta no era la primera vez que había estado cerca de morir en fechas recientes. —Sin embargo, si esos caballeros regresan, tendré que actuar con rapidez.

Bea calló. Lilsa miraba fascinada el modo en que la luz de la lámpara se reflejaba en la armadura. —No puedo creer que realmente quisieran dañarnos. —Sin embargo, las palabras que el paladín le dijo a Reiter atravesaron los muros de la posada. Pudo escuchar su ira. ¿Podía estar segura de lo que eran capaces? —Crecí aquí. He visto todo tipo de gente ir y venir. Los paladines no eran algo raro. Siempre parecían ser tan buenos cuando yo era una niña. En años recientes parecen... —Dudó. —¿Sabes qué ocurrió? ¿Por qué están tan atormentados?

La aprendiz miró inquisitivamente a Anajinn, quien no dijo nada por un rato. —Su oscuridad ha salido a la superficie y esa es la razón de mi cruzada.

—¿Odias a los paladines? —Preguntó Bea.

—Para nada —respondió Anajinn—. Nuestra fe comparte las mismas raíces. Los considero mis hermanos y hermanas. Perdidos, pero familia al fin y al cabo. —La aprendiz le extendió una taza de té y Anajinn tomó un sorbo antes de continuar. —Hace varios siglos, un hombre muy sabio cayó en la cuenta de que el núcleo de la fe Zakarum estaba corrupto, infectado. Era sutil, pero elementos de maldad se habían infiltrado en sus cimientos. A juzgar por las noticias de Travincal, ese mal ya no se encuentra oculto, sino que ha estado actuando y exclamando de manera abierta durante los últimos años. Literalmente se ha convertido en el hogar del odio. Quienquiera que haya destruido ese lugar le hizo un favor al mundo.

¿Travincal fue destruido? Bea cambió de posición. No había escuchado tal cosa, sólo que ocurrió algo terrible.

—Hay gente buena en su orden, pero me temo que aquellos con disposición para el mal han superado a los justos —dijo Anajinn—. Es posible que la destrucción de su remanso haya desbalanceado al resto.

Bea aceptó la taza de té que le ofrecía la aprendiz. Su mano tembló ligeramente. —¿Y tu cruzada busca erradicarlos?

Anajinn negó con la cabeza. —Mi cruzada busca erradicar el mal que los corrompe, hallar algo capaz de purificar la fe. Hace unos días creí que se encontraba en el desierto... — Sonrió cansinamente—. Purificamos algo, mas no fue la fe.

—Mis entrañas, quizá. —Murmuró la aprendiz.

Bea se escandalizó por el léxico, pero la guerrera divina sólo rió. —Ver a unos cuantos demonios salir de las sombras es un excelente modo de purificarlas. Nos hicimos cargo del cubil y eso jamás es pérdida de tiempo. No me arrepiento de haber hecho el viaje. — Anajinn frunció el ceño como si hubiera pensado algo desagradable. —¿Dónde está tu esposo, Bea?

—Es probable que esté enfurruñado en su estudio —susurró Bea con picardía—. Eso hace cuando las cosas no salen como él quiere.

Anajinn no le devolvió la sonrisa. —No he escuchado pasos en el piso superior, ni en ninguna otra parte de la posada. ¿Puedes llamarle, por favor?

—Supongo. —Bea, con Lilsa en brazos, salió de la pequeña habitación. —¿Reiter? —Llamó.

La voz de Lilsa se unió a la suya. —¡Papaaaaaaá!

No hubo respuesta. Era extraño. Bea caminó hasta el área común y llamó a Reiter por segunda ocasión. Silencio. —¿Dónde crees que esté tu padre? —Le preguntó a Lilsa en voz baja. La niña se encogió de hombros y Bea regresó a la habitación de la guerrera divina. — Me parece que salió por un momento. Anajinn, ¿por qué?

La guerrera divina ya estaba de pie, tomando su escudo y mangual. La aprendiz desenvainó una espada corta.

—Me temo —dijo Anajinn—, que tu esposo ha cometido un terrible error.

IV

La cuerda de Luz, o lo que fuera, en torno a su cuello no se aflojó ni una pizca cuando los paladines le obligaron a detenerse. Reiter escuchó el crepitar de su piel a causa del calor que emitía la anilla. Sus manos se agitaban inútilmente detrás de su espalda, atadas en torno a las muñecas.

Sus ojos... sus ojos. *¡Akarat, mis ojos!* Oscuridad en todos lados. El paladín torció un dedo en su dirección y un fuerte dolor atravesó su cabeza, destruyendo su visión.

Reiter estaba ciego por completo.

—Fue bueno que presentaras tu pecado ante nosotros tan rápido como lo hiciste —le susurró el líder de los paladines—. Te enviaremos al tribunal de Zakarum sin mucho sufrimiento. De menos me diste más práctica, no perderás los ojos. —Una mano empujó a Reiter y éste cayó de rodillas, jadeando impotente. Sólo era capaz de aspirar un cantidad minúscula de aire a través de su garganta obstruida.

Reiter escuchó como se separaban los tres paladines por la calle. Reiter intentó espetar desesperadamente una última súplica: *no dañen a mi familia; llévense a la guerrera divina, pero no dañen a mi familia*. Sin embargo, lo único que surgió de su boca fueron sonidos incoherentes. Reiter cayó de costado y aguzó los oídos en busca del sonido de puertas o ventanas abriéndose en algún punto de la calle. Ahí se dio cuenta de que nadie del pueblo vendría en su ayuda. Sería poco razonable inmiscuirse en esta pelea.

El líder de los paladines habló con voz clara y recia. —*¡Hereje!* —Al cabo de un momento, intentó de nuevo. —*¡Hereje, tú que te haces llamar Anajinn! Soy el Maestro Cennis. En nombre de la fe Zakarum que decidiste profanar, ríndete de inmediato para que seas sometida a juicio.*

Retumbaron pasos pesados en el balcón de madera de la posada. Reiter sólo veía oscuridad, sin embargo la escuchó claramente. Salía por la puerta sin dudarlo.

—Posadero, quiero que sepas algo. —Dijo Anajinn. —Haré todo lo posible para que tu familia esté segura. Su voz estaba cargada de pena y tristeza, no de ira y recriminación como esperaba.

—Una pérdida de tiempo —escupió el líder de los paladines—. Todo aquel que ofrezca refugio a un hereje, quién quiera que sea, habrá de sufrir el mismo destino. —Agregó con una sonrisa burlona.

Puertas y ventanas se cerraron de golpe por toda la calle. Fuera de eso, el silencio reinaba en el Reposo de Caldeum. El pueblo entero permanecía a la expectativa.

Anajinn miró a los tres paladines. El que se encontraba en medio, erguido junto a Reiter, parecía estar a cargo. Los otros dos estaban en guardia, pero la guerrera divina creyó ver duda en sus ojos. Fue a ellos a quienes les habló.

—Su líder habla de asesinar a un posadero, a su esposa y a una niña. La mujer está embarazada. —Ecurría desdén de cada una de sus palabras. —El *Maestro Cennis* habría de matarles sin sentir arrepentimiento alguno. ¿Acaso han caído tan bajo? ¿En *verdad* han llegado a tal nivel de maldad?

Eso incitó otro torrente por parte de Cennis. Palabras cargadas de furia sobre justicia, rectitud y herejía, pero ella le ignoró. Sólo observaba a los otros dos, quienes se miraron el uno al otro.

Indecisión.

Culpa.

Bien sabían quién era Cennis y estaban conscientes del tipo de monstruo en el que se había convertido. Era casi seguro que no lo admitían entre ellos, ni a sí mismos, pero sabían. Sabían hasta los tuétanos que lo que estaba a punto de ocurrir *no* era lo *correcto*.

Sin embargo, notó que la expresión de uno de ellos se endureció. El segundo pronto hizo lo mismo. Sólo quedaba odio en sus ojos. Anajinn inclinó la cabeza. No les agrada la idea, no les hace gracia, pero obedecerían. Quizá lamenten sus actos, tal vez este era el momento que algún día conduciría a su redención, mas el precio de tal redención serían vidas inocentes.

El paladín continuó con su diatriba. Anajinn respiró muy, muy profundo, permitiendo que el aire y la Luz la llenaran por completo. Esto no eliminó la fatiga. El cansancio parecía bordado en cada centímetro de su cuerpo.

Pero la Luz le dio fuerza como siempre hacía, como siempre haría, hasta que llegara el fin del camino.

—Así sea —Anajinn cargó.

Y la Luz la rodeó cual torbellino.

Un estruendo terrible y maravilloso inundó el ambiente. Bea se estremeció. Lilsa escuchó en silencio, su boca abierta a causa de la sorpresa. Hubo más ruido, el sonido de furia extraterrenal; el rugir de una batalla.

—Reiter. Oh no, Reiter. —Bea suspiró.

La aprendiz las guió entre los edificios a lo largo de la única calle del poblado, alejándolas de la confrontación. Llevaba su espada corta en la mano derecha, con la punta hacia arriba, y con la izquierda sujetaba firmemente la de Bea. —Sigán adelante. —Susurró la joven. Otros de los residentes del Reposo de Caldeum huían hacia el desierto por su cuenta o en parejas. Parecían estar preparados para arriesgarse en los páramos antes que permanecer un minuto más en el pueblo.

—Mi esposo, ¿está...?

La aprendiz negó con la cabeza. —Anajinn no permitirá que muera mientras ella siga con vida. —Otro eco profundo pasó entre los edificios. —Y aún vive.

Un brutal impacto en las cercanías interrumpió la conversación. Algo, *alguien*, pasó a través del muro posterior de la posada y rodó por la arena. A Bea se le hizo un nudo en la garganta. Alguien fue lanzado *a través* de la posada entera. Partes del techo comenzaron a colapsarse y parecía que la estructura pronto correría la misma suerte. La figura que derrapó sobre la arena del desierto no era Reiter, pero quién...

—Al callejón —dijo la aprendiz—, en silencio.

Bea permitió que la guiara a través del estrecho callejón de murallas de adobe. —¿Quién era? ¿Está muerto?

La aprendiz echó un vistazo por la esquina. —Uno de los paladines y no, no lo está. —De mala gana agregó. —Está rodeando por un costado, intenta entrar a hurtadillas a la lucha para atacar a Anajinn por la retaguardia. —La joven miró su espada y luego a Bea.

—¿Necesitas ir a ayudarlo? —Preguntó Bea.

La aprendiz dudó. —Me dijo que no te abandonara.

—Permaneceremos fuera del área de peligro. —Respondió Bea, pero la aprendiz ni se inmutó. —¿Se detendrán esos hombres al matar a tu maestra? ¿Al matar a mi esposo?

—No. —Respondió la joven con suavidad.

—Entonces ve.

Anajinn alzó su escudo y permitió que el martillo rebotara. El impacto la sacudió hasta los huesos. Miró de reojo hacia el agujero en la posada. El paladín se incorporaba, vivo. Estaba más cansada de lo que creía, ese golpe debió haberle eliminado.

Los otros dos paladines avanzaron implacables. El líder, el que se hacía llamar Cennis, lanzaba martillos de Luz en su contra una y otra vez, mientras el otro descargaba un aluvión de esferas de energía brillante. Ella mantuvo su escudo en alto, interceptando cada uno de los ataques. Cuando el segundo paladín estuvo a tres pasos de distancia, ella bajó el hombro, se tensó detrás de su escudo y *empujó*.

Una sólida muralla de poder, de Luz, chocó contra el paladín en carga. Brisa roja se expandió hacia afuera. Al desvanecerse la Luz, el aire ostentaba un tinte carmesí. Huesos — sólo huesos— fracturados y secos cayeron sobre la arena. Hasta la ropa del hombre se convirtió en polvo.

Anajinn no se regocijó con su muerte, sólo se volvió hacia Cennis y atacó con su mangual. Con un grito de sorpresa y enojo, éste saltó hacia atrás lanzando otro martillo, que la alcanzó en el hombro derecho. Un gran dolor se hizo presente, pero la guerrera divina lo ignoró con frialdad.

El paladín siseó y entrecerró los ojos ante los restos de su hermano. —Sucia y entrometida *asesina*. ¡Engendro del mal!

—Será mucho más placentero para todos si guardas silencio. —Dijo Anajinn.

De súbito, ella se agachó y *empujó* contra su escudo una vez más, pero el paladín reaccionó más rápido que su hermano. Alzó los brazos y partió la descarga con una propia. El contraataque sacudió su escudo, pero Anajinn avanzaba con el mangual zumbando sobre su cabeza. Cennis invocó otro martillo para golpear el arma de su oponente, pero la guerrera divina dejó que su escudo fuera la vanguardia de su avance, concentrando la Luz frente a ella mientras rechazaba el embate de Cennis y lo proyectaba contra la arena. Después golpeó con su mangual. Poder puro y fúlgido surgió cual relámpago.

El paladín gruñó y alzó las manos, *atrapó* el relámpago y se lo devolvió.

Ella ni se molestó en evadir, sólo permitió que la Luz pasara a través de su cabeza y armadura sin mostrar expresión alguna.

—Diablo —maldijo el paladín—, demonio, maldita.

—La Luz no daña a los justos —Anajinn esbozó una sonrisa fría—. ¿Puedes decir lo mismo del poder que esgrimes?

Enfurecido, Cennis se incorporó y se abalanzó contra ella. Mangual y martillo chocaron. La fuerza del impacto despedazó las ventanas de vidrio de las casas en la calle principal del poblado. Anajinn avanzó, ignorando su creciente fatiga y...

—*dolor*—

...estaba en el suelo, boca abajo, jadeando. Ya no tenía su escudo. Después de rodar para quedar boca arriba, lanzó un golpe con su arma, pues percibió que se aproximaba un ataque. El peso con púas de su mangual chocó con fuerza contra la pierna derecha de

Cennis, entre su armadura. El martillo se desvaneció a escasos centímetros de la cabeza de Anajinn y el paladín trastabilló hacia atrás, sangrando y gritando.

¿Quién le atacó por la retaguardia? ¿Con qué? Anajinn intentó incorporarse, pero sus brazos y piernas temblaron y cedieron. Ella se desplomó de nuevo sobre la arena. *Esto no pinta nada bien*, pensó. Había quemaduras en su costado izquierdo y cada bocanada de aire le raspaba la garganta. Quemada *desde* adentro. Anajinn juraba que podía sentir sus tripas bien crujientes.

Bueno, pensó. *Esa es nueva*.

Anajinn apretó los dientes, luchando por erguirse, ignorando el dolor, la fatiga y la debilidad. —Tú escogiste esta vida —se recordó en voz alta, en tono gutural aún para sus oídos—, acéptala, maldícela, nada más no te arrepientas de ella. —Su maestra le dijo esas palabras hace mucho tiempo. *Muévete*. Alzó su escudo una vez más y entrecerró los ojos.

Luz brillante chocaba y fulguraba a unos cien pasos de distancia. Cennis, el paladín herido, hacía gestos desaforados. El otro paladín, al que Anajinn lanzó a través de la posada, estaba ahí. *Así que fue él quien me atacó por la retaguardia*. Lanzaba energía contra alguien más, alguien sin armadura que esgrimía una espada...

—Oh, niña tonta. —Murmuró Anajinn. Su aprendiz tendía a desobedecer órdenes. *Igual que yo*, pensó con ironía. Sin embargo, la joven no era estúpida. Le faltaba experiencia, pero no era estúpida. Si no hubiera entrado a la lucha, Anajinn estaría muerta. El segundo paladín habría acabado con ella.

Anajinn vio al posadero en el suelo, inmovilizado por el poder del paladín, y, a juzgar por el tono morado de su rostro, cerca de sofocarse. Ella se arrodilló y dispuso las ataduras con un gesto casual.

Jadeos profundos y roncosp surgieron de la garganta de Reiter cuando abrió los ojos.

Anajinn frunció el ceño. Los ojos del posadero eran completamente blancos, estaba ciego. Había una columna de humo a cierta distancia. La herrería, supuso Anajinn mientras negaba con la cabeza. Sólo podía imaginar lo que Cennis hizo ahí, pero eso era problema para más tarde.

Estás bien. —le dijo Anajinn a Reiter. *Ojalá yo pudiera decir lo mismo.* —Levántate, tienes que dejar la calle. —La guerrera divina echó un vistazo al frente. Su aprendiz se mantenía firme. Cennis estaba herido y el otro paladín un tanto golpeado después de atravesar un edificio; luchaban vacilantes. Su aprendiz casi danzaba en círculos a su alrededor.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Anajinn. —Apresúrate por favor. —El posadero intentó responder, pero las palabras surgieron como resoplidos de temor. *Lo siento*, quería decir él. Anajinn le dio palmaditas en el hombro. Podía verle la culpa escrita en el rostro, grabada incluso en sus ojos en blanco. —No te tratarán amablemente si te encuentran. Escóndete bien. —Finalmente, Reiter logró incorporarse y corrió de manera precaria, con las manos extendidas frente a él.

—Escóndete bien. —Le susurró Anajinn. Ella no le dijo que intentara huír del pueblo, pues tenía bien claro que la mayoría de la gente en su sano juicio no intentaría cruzar el desierto de Kehjistán sin una caravana y provisiones suficientes. Un hombre ciego, alguien que *recién* se convirtió en ciego, no tendría oportunidad.

Para mantener a Reiter y al resto del pueblo a salvo, los paladines tenían que morir. Ella vio a Cennis cojear en dirección a su aprendiz. La muchacha se acercaba y se alejaba de los paladines. No llevaba armadura y, gracias a su agilidad, logró abrir una pequeña herida en el brazo del segundo paladín mientras detenía su ataque con una muralla de poder.

Anajinn regresó tambaleándose a la batalla con una sonrisa adusta dibujada en el rostro. ¿Qué clase de maestra sería si dejase que su aprendiz acaparase la diversión?

—Por acá, Lilsa. —Dijo Bea. Era difícil mantener su voz tranquila, pero lo logró. Avanzaron sigilosamente junto al muro lateral de la tienda, aproximándose a la calle. —Sólo un poco más.

Lilsa se aferraba a su mano y parecía asustada, pero no lloraba ni gritaba. —¿Vencerá la guerrera divina a los hombres malos?

—Claro que sí —dijo con más confianza de la que sentía—, encontremos a tu padre. — Había visto a Reiter avanzar tambaleándose hacia el otro lado de la calle. Miedo le oprimió el estómago, pues parecía seriamente lastimado e incoherente.

Se escuchó un gran estruendo y hubo un estrepitoso derrumbe, puntuado por el crujir de la madera y los muros. Bea permaneció inmóvil hasta que cesó el ruido, dejando sólo la furia de la batalla.

Al echar un vistazo por la esquina, se le hizo un nudo en la garganta.

La Posada Oasis, su hogar, y la botica vecina, estaban en ruinas. Un terrible impacto derribó ambas desde los cimientos. Bea susurró una oración. Ella creyó haber visto al doctor y a su esposa salir de la botica antes del derrumbe. Esperaba que así fuera.

Al otro lado de la calle, en un callejón, Bea vio a alguien trastabillar. Iba apoyándose en los muros. *Reiter*. Para llegar a él, Bea y Lilsa tendrían que cruzar la calle a plena vista de los combatientes.

Acabarán con el Reposo de Caldeum si siguen con esto, se dijo Bea. A juzgar por el poder que descargaban con singular entusiasmo, parecía que ocultarse detrás de un edificio no constituía protección alguna. Era probable que avanzar no presentara mayor peligro que permanecer ahí.

Ella respiró profundo y tomó a Lilsa en brazos. —¿Lista para reunirse con tu padre? —Lilsa asintió.

—Vamos, pues. —Bea echó a correr hacia la calle.

Gruñendo, Cennis siguió lanzando martillo tras martillo contra las dos herejes. Sin embargo, la que llevaba armadura bloqueaba sus ataques y la joven los esquivaba; una y otra vez.

La muchacha se aproximó y atacó de súbito. Su espada rebotó en la placa que cubría el antebrazo del paladín. Fue pura suerte que no le cercenó el brazo por el codo expuesto. Cennis dejó que se alejara y creó otro martillo, detrás de ella esta vez.

La aprendiz giró y alzó las manos para rechazar el golpe, pero Cennis permitió que éste se disipara antes de lanzar un ataque frontal. Ella usó su espada y el martillo chocó contra acero en lugar de carne, sin embargo, el impacto la proyectó varios metros hacia atrás. Con una sonrisa, Cennis encaró a la guerrera divina. Anajinn aún luchaba con brío, y miraba a ambos paladines con determinación fría, pero el poder de sus ataques disminuía. Como debía ser. Como sucedía con todos los enemigos de la Mano de Zakarum al enfrentarse a la justicia. Ella atacó con su mangual una, dos, tres veces... fallando por centímetros.

—Hora de morir. —Dijo él.

—Como bien dices. —Súbitamente aparecieron dos guerreras divinas... tres... cuatro... *cargando...*

Al son de un grito, Cennis atacó con desesperación mientras dos figuras traslúcidas se aproximaban. Cada una de ellas esgrimía un mangual que silbaba al cortar el viento. Los golpes del paladín alcanzaron a ambas y éstas se desvanecieron cual humo en la brisa.

El segundo paladín no fue tan veloz. Las otras dos Anajinns descargaron sus manguales y trozos del hombre volaron en direcciones distintas. La niebla se desvaneció y ahora sólo quedaba una Anajinn. Ella se recargó en su escudo, pero le esbozó una sonrisa pequeña y salvaje.

—Dime, paladín. ¿Acaso tus ancianos te arrastraron hasta las garras del mal, o te entregaste por voluntad propia?

Cennis le clavó una mirada enloquecida. La aprendiz regresaba a la lucha, de modo lento —adolorida— pero seguro. El paladín permaneció inmóvil por unos instantes y luego se volvió y huyó cojeando; sangrando.

El hombre escuchó a Anajinn refunfuñar. —No me obligues a perseguirte. —El paladín mostró los dientes mientras furia y miedo luchaban en su mente. *Tengo que huir, tengo que matarla. Tengo... tengo...*

En la calle, un poco más adelante, una figura entró a un callejón. Cennis la siguió.

Anajinn aguardó a que llegara su aprendiz. —Pudo haber sido peor —dijo la guerrera divina con una sonrisa que mostraba dolor.

La aprendiz estaba recuperando el aliento. —El paladín... esposa del posadero...

La sonrisa de Anajinn se desvaneció. —¿Dónde? —La joven señaló un callejón al frente. Cennis desapareció al entrar en él.

De algún modo hallaron la fuerza para correr en pos de él.

—Reiter —Bea colocó sus manos sobre las mejillas de su esposo. —¿Qué te hicieron?

Sus ojos blancos se movían en todas direcciones. —No veo nada. —Su voz denotaba tensión y agarró las muñecas de su esposa como si tuviera miedo de que ésta fuera a abandonarle.

—Se llevó... no puedo ver. ¿Estás herida? ¿Lilsa? ¿Está aquí?

—Aquí estoy. —Dijo Lilsa. La niña tenía los ojos muy abiertos y brillaban a causa de las lágrimas.

Reiter se agachó sin mirar en la dirección correcta, extendiendo los brazos ciegamente. —¿Lilsa? —Finalmente sus manos la hallaron y la jaló hacia él. Se mecía de atrás hacia adelante, buscando la mirada de Bea con sus ojos. —Lo siento —dijo con voz ronca—, por favor, perdóname.

—Ya no importa —respondió Bea con cuanta firmeza pudo. —Creo... —Escuchó por un momento. Ya no se escuchaban sonidos de batalla. —Creo que terminó la lucha.

—¿Quién ganó? —Susurró Reiter.

Bea abrió la boca para decir *no lo sé*, pero otra voz le interrumpió. —La Mano de Zakarum siempre gana, escoria.

Lilsa gritó.

Era imposible confundir ese grito, una niña. —Rodea el edificio. —Dijo Anajinn suavemente.

La aprendiz negó con la cabeza. —No voy a dejarte.

—No te estoy preguntando, rodea el edificio. —Ya no había suavidad alguna en la voz de la guerrera divina. La joven asintió de mala gana y cojeó en torno a la estructura, parecía ser el taller de un tonelero.

Anajinn esperaba que el posadero y su familia ya hubiesen dejado la zona, pero jamás dejaba todo a la esperanza. —Paladín —clamó Anajinn—, ¿en verdad pretendes involucrar inocentes en nuestra lucha?

Una sombra apareció al borde del callejón. —En este pueblo no hay inocentes —respondió una voz furiosa—, no cuando su gente ofrece refugio a alguien como tú.

Anajinn tensó la quijada y alzó su escudo. Sospechaba que apelar a su misericordia sería más que inútil. Alimentar su orgullo, no obstante...

—¿Te ocultas entre las sombras, entonces? —Necesitaba sacarle de ahí para que su aprendiz tuviera la oportunidad de flanquearlo. —¿Así luchan los *sirvientes de la fe*?

Con un rugido salvaje, Cennis salió del callejón. El corazón de Anajinn dio un vuelco. El brazo izquierdo del hombre rodeaba la garganta de Bea y su puño derecho se encontraba a centímetros de su oreja. Lo que era peor, llevaba a Lilsa en brazos. La niña se aferraba al abdomen de su madre, mirando al hombre que las tenía de rehenes.

Saltaron chispas del puño derecho del paladín. Bea ni se inmutó cuando éstas tocaron su piel. *Bien*, pensó Anajinn. *No le muestres nada. Que tu hija no vea nada.*

—¿Cuán orgullosos estarían tus ancianos si te vieran? —Dijo Anajinn. —¿Cuán orgullosa estaría la congregación en los templos de Travincal al ver que un campeón de su fe se oculta cobardemente detrás de una mujer embarazada y una niña?

Cennis rió, era una risa desesperada. —No hay congregación, no más. Travincal... no creo tener ancianos tampoco, pero llevaré a cabo la tarea que me asignaron.

—¿Qué tarea?

—Herejes, siempre hay miles de herejes. Sé lo que eres. —Su risa cuasi enloquecida hizo eco por la calle. —Pocos en mi orden saben esto, pero yo lo sé. Piensas que nos hemos corrompido, que estamos malditos, pero ustedes nos abandonaron, guerrera divina. Tú y los de tu calaña huyeron, no enfrentaron nada. Se escondieron en los pantanos. Nosotros permanecemos para lidiar con el problema.

—¿Eso dijeron tus ancianos? Te mintieron.

Fue como si no le hubiera escuchado. Su expresión cambió de ira a horror en un instante. Miraba a mil kilómetros de distancia, veinte años atrás. —¿Por qué huíste? ¿Por qué me abandonaste? —Brotaron lágrimas de sus ojos y su voz se tornó infantil. —Las cosas que me hicieron... las cosas que me obligaron a hacer... ¿Por qué no me ayudaste? ¿Sabías acaso? ¿Sabías lo que me tenían preparado? Me forzaron a odiar, me llenaron de odio. —Su puño tembló, pero no se alejó de la cabeza de Bea.

—Sabíamos lo suficiente —respondió Anajinn con suavidad. —El mal ya había consumido los cimientos de Zakarum. No podíamos salvarla, no por cuenta propia, así que buscamos algo que pudiera.

—¿Lo encontraste? —La voz infantil de nuevo, esperanzada.

—Aún no.

—Entonces no sirvió de nada; de nada. —Cennis parecía estar cerca de estallar en llanto. Luego, el niño desapareció y regresó el paladín. Su mirada se endureció. —Baja tu arma, guerrera divina, suelta tu escudo y quítate la armadura o las mataré. —Su brazo ejerció mayor presión en torno a la garganta de su rehén. Los ojos de Bea se clavaron en los de Anajinn, suplicando, no por su vida, sino por la de Lilsa.

Reiter salió a rastras del callejón, mirando de lado a lado sin ver nada. —No —chilló—, mi familia, piedad, por favor. *¡Piedad!*

—¡Hazlo, guerrera divina!

Anajinn vio a su aprendiz mirando por la esquina del edificio del tonelero, detrás de Cennis. También notó que negaba con la cabeza. Anajinn exhaló. Su aprendiz no podía hacer nada, no con el paladín enfundado en su armadura y rehenes de por medio. Cualquier ataque lo suficientemente poderoso como para matarlo acabaría también con Bea y Lilsa.

La guerrera divina sintió paz inundar su cuerpo y dejó que la empuñadura de su mangual se deslizara entre sus dedos. Su arma cayó al suelo.

—Quiero que sepas algo, Cennis. —Anajinn clavó su escudo en la arena y éste permaneció erguido. —Quiero que tengas esperanza. —Sus guanteletes chocaron contra la arena, luego su coraza. La camisa sencilla que llevaba debajo aún estaba manchada de sangre y sudor. —No encontré lo que buscaba, tampoco mi maestra, ni su maestra antes que ella. —Tiró las hombreras y luego los quijotes. —Pero, a pesar de todo, no me arrepiento. Alguien hallará lo que necesitamos. La fe será purificada y no importa lo que hagas conmigo. —Las botas se las quitó de manera despreocupada. —Aún no llego al fin del camino. Mi cruzada continuará.

Anajinn vio la esperanza de un niño dibujarse en el rostro de Cennis. El momento fue pasajero y en sus ojos sólo quedaron intenciones asesinas. El paladín extendió su brazo derecho y un martillo fulgurante voló hacia la guerrera divina.

Ella mantuvo los ojos abiertos y una sonrisa hasta el final.

Bea cerró los ojos con fuerza. Momentos después, el sonido se disipó y el brazo del hombre dejó su garganta.

—No te atrevas a moverte, mujer. —Gruñó el paladín. Ella asintió, pero éste ya iba caminando hacia Anajinn.

Bueno, hacia lo que quedaba de ella. Bea mantuvo a Lilsa cerca, impidiendo que se volviera para ver la escena. Brotaron lágrimas de sus ojos.

—Considero que sí llegaste al fin del camino —se burló el paladín mientras pateaba la coraza de la guerrera divina—. Parece que tu búsqueda ha terminado.

—Claro que no.

Bea y el paladín se volvieron hacia la voz. La aprendiz sostenía su espada en la mano. Con un rugido, el paladín le lanzó un martillo.

Hubo un sonido ensordecedor y una gran nube de fuego estalló en el punto donde se encontraba la joven. De la aprendiz de la guerrera divina, nada de nada.

Por un instante.

Descendió luz desde los cielos y la aprendiz con ella. El paladín la vio venir; una mirada de alivio infantil cubrió su rostro.

Y luego nada.

La aprendiz se arrodilló junto a su maestra y susurró algo que Bea fue incapaz de escuchar. Sin embargo, no era posible confundir los destellos de luz que caían sobre la arena: lágrimas.

La adolescente se incorporó y tomó el escudo de Anajinn.

—¿Bea? —Dijo Reiter con voz ronca. —¿Bea? ¿Estás herida?

Bea corrió hasta él. —Estoy bien, Lilsa también.

—¿Anajinn? —Su voz tembló. —¿Acaso ella...?

—Aquí estoy. —Respondió la aprendiz. Bea la miró confundida.

—Reiter ladeó la cabeza. —¿A-Anajinn? ¿Eres tú?

—Sí. —La aprendiz se ajustó la última pieza de la armadura de la guerrera divina y caminó hasta Reiter. Después de colocar cuidadosamente una mano en la frente del hombre, la joven abrió el libro de leyes de Anajinn. Luego, comenzó a recitar con suavidad un pasaje distinto. Reiter parpadeó varias veces mientras volteaba de lado a lado. Sus ojos ya no eran completamente blancos. Sus pupilas restauradas iban y venían. La aprendiz suspiró. —No puedo hacer más. ¿Estás bien?

Reiter miró directamente a Bea. —Puedo... No es... Está borroso. —Dijo entrecerrando los ojos. Posteriormente miró a la muchacha. —Gracias, Anajinn. —Había incertidumbre en su voz. Bea cayó en la cuenta de que podía ver la forma de su armadura y no mucho más. —Suenas distinto.

—Supongo que sí. —Respondió Anajinn.

V

—Eso conlleva el juramento —dijo Anajinn—, es la dedicación a la búsqueda; el compromiso de salvar la fe aunque no seas tú quien lo haga.

Reiter escuchaba con atención. Le dolía la espalda pues estaba encorvado junto a la biblioteca. Aunque apagadas, y pese a que la puerta estaba cerrada, era posible oír las palabras de la guerrera divina desde el interior. Cuando la posada fue reconstruida hace casi veinte años, Reiter tuvo que conformarse con muros más delgados. Vendió la mitad de la tierra para sufragar el costo. Hubo sacrificios, no obstante, la posada jamás regresaría a su gloria de antaño.

—Creo entenderlo. —Lilsa estaba encantada de reunirse con Anajinn. Era la primera vez que volvía a verla desde que era una niña pequeña. Pasó muchas horas hablando con la guerrera divina. —No es esperanza, es propósito. Por eso asumen el nombre de la guerrera divina original. Intentan ser dignas de su sacrificio.

—Esa es una de las razones. —Respondió Anajinn.

Reiter sintió dolor en el estómago y se sentó con calma en la escalinata. Le crujían las articulaciones. No quería que supieran que estaba espiándoles. Sus manos, nudosas por la edad, se abrían y cerraban de forma reflexiva. Su corazón golpeteaba en su pecho y de su frente escurría sudor.

—¿Realmente estás lista para tal compromiso, Lilsa? Mi maestra me dijo una vez: si eliges esta vida, puedes aceptarla o maldecirla pero jamás arrepentirte. Nuestra existencia es corta y los años que tenemos la suerte de vivir están cargados de tribulaciones.

—Sí. —Dijo Lilsa con firmeza. Reiter cerró los ojos y suprimió un quejido. —Quiero acompañarte en tu búsqueda hacia... —Hizo una pausa. —¿A dónde iríamos primero?

—A decir verdad, he cambiado de planes en los últimos días. —Dijo Anajinn. —Escuché que una estrella cayó en Nueva Tristram y ahora deambulan pesadillas por la tierra. Sospecho que no seré la primera guerrera divina en llegar, pero quizá podamos ayudar.

Lilsa aplaudió emocionada. La puerta de la biblioteca se abrió y Reiter se incorporó con rapidez, pretendiendo descender por las escaleras como si sólo se dirigiera al área común. Intentó mantener el temor fuera de su expresión. Mil palabras flotaban entre sus pensamientos, formando amonestaciones, advertencias, negativas, ultimátums. Cualquier cosa que pudiera hacer a Lilsa cambiar de opinión; hacerle entrar en razón.

Ninguna que, como bien sabía, tendría el valor de expresar.

—Padre —dijo Lilsa—, tengo algo importante que decirte.

—Supongo que sí. —Respondió él.